

el tuyo, encendidas las miradas, confundidos los alientos, unidos nuestros labios, ¡entonces dejaré de dudar de que sea mía Brunilda!

*(La estrecha en sus brazos.)*

BRUNILDA.—¿Que si soy tuya? Mágico encanto invade mi pecho; la luz del amor me ilumina. ¿Si soy tuya? ¡Oh Sifredo! Sifredo! ¿no me ves? ¿no te ciega mi mirada ardiente? ¿no te abrasan al enlazarte mis brazos? ¿no sientes el fuego de la sangre que agitada en mí circula? ¿no temes, Sifredo, la pasión de la mujer?

SIFREDO.—¡Ah! dulcísimo fuego recorre mis venas todas! ventura sin igual! Renazca el osado valor y huya para siempre el miedo que por breves momentos aprendí a conocer!

*(Dicho esto se desprende un momento de los brazos de Brunilda.)*

BRUNILDA.—¡Oh joven héroe! oh mancebo ideal! Tesoro de las más sublimes acciones! risueña he de amarte; ciega quiero entregarme á ti; sonriendo nos perderemos; nos hundiremos sonriendo! ¡Adiós, Walhalla! truéquense en polvo tus orgullosos muros! ¡Adiós, esplendor de los dioses! muere en amor, generación eterna! ¡Romped vuestras cuerdas, oh Parcas! ¡Acércate, crepúsculo de los dioses! asoma la noche de la destrucción! Para mí brilla ahora la estrella de Sifredo; será eternamente mi todo y mi dicha: mientras luzca el amor, dulce será la muerte.

SIFREDO.—Sonriente para mí despertaste: Brunilda vive! Brunilda sonrie! Bendito el sol que nos ilumina! Salud al día que nos acaricia con su luz! Salud al mundo, para el que Brunilda despierta! vive! habla! me sonríe! fulgente me ilumina la estrella de Brunilda! Será para siempre mi todo y mi dicha: mientras luce el amor, sonrie la muerte!

*(Brunilda cae en brazos de Sifredo. Baja el telón.)*

## EL ANILLO DEL NIBELUNGO

TERCERA PARTE

### EL CREPÚSCULO DE LOS DIOS

## PERSONAJES

---

SIFREDO.  
GUNTHER.  
HAGEN.  
ALBERTO.  
BRUNILDA.  
GUTRUNA.  
WALTRAUTA.  
LAS PARCAS.  
LAS NINFAS DEL RHIN.  
VASALLOS, GUERREROS Y MUJERES.



## PRELUDIO

En la roca de las walkirias.—La escena como en el final de la segunda parte.—Es de noche. En el fondo se observa resplandor de fuego.—Las tres Parcas (mujeres altas y envueltas en óscuras túnicas). La primera (la más vieja) se halla tendida á la derecha bajo un pino de anchurosa copa; la segunda, yace sobre una roca colocada delante de la cueva; la tercera (la más joven) está sentada sobre una roca elevada en el fondo del escenario: reina durante algunos momentos melancólico silencio.

LA PRIMERA PARCA (*sin moverse*).—¿Qué luz relumbra allí?

LA SEGUNDA.—¿Amanece ya?

LA TERCERA.—El ejército de Loge rodea con llamas la roca. Aún es de noche; ¿por qué no hilamos ni cantamos?

LA SEGUNDA (*á la primera*).—Cantemos é hilemos; ¿dónde sujetas la cuerda?

LA PRIMERA PARCA (*de pié ata mientras canta una cuerda de oro por uno de sus extremos á una rama del pino*).—Vaya bien ó vaya mal, ato la cuerda y canto. Un día, estaba hilando al pié del fresno del mundo, de cuyo

tronco brotaba un bosque de ramas; por aquella amena sombra corría cristalino un arroyuelo; sus olas murmuraban á mi oído profundas palabras; entonces entoné sagrada canción. Atrevido acercóse á beber á la fuente un dios y su osadía le costó un ojo; entonces Wotan rompió una rama de aquel fresno, haciendo con ella el mango de una lanza. Andando el tiempo, se resintió aquel bosque de la herida, cayeron las hojas y se secó el árbol, y cesó la fuente de manar. Triste fué el canto, pero ya que no puedo hilar á la sombra del fresno, me ha de servir el pino para atar mi cuerda; canta, hermana, ahí va la cuerda; sin duda no olvidaste cómo pasó esto.

LA SEGUNDA PARCA (*enroscando la cuerda al rededor de una piedra que sobresale de las demás, á la entrada de la cueva*).—Wotan grabó en el mango de su lanza cláusulas de contratos; con ella dominó el mundo. Un héroe joven quebróla en pedazos y así se destrozó el contrato sagrado. Entonces mandó Wotan á los héroes del Wallhalla que destrozasen las ramas secas y el tronco del fresno del mundo; cayó el fresno y la fuente quedó para siempre seca. Y así ato hoy mi cuerda á la puntiaguda roca: canta, hermana; ahí va la cuerda; ¿sabes lo que sucederá?

LA TERCERA PARCA (*cogiendo la cuerda y echando tras de sí una de sus extremidades*).—Álzase el castillo por gigantes construído: sentado está Wotan en su sala rodeado de los sagrados dioses y héroes. Allí se ve amontonada la madera que un tiempo fué el fresno del mundo. Si arde destruyendo con sus sagradas llamas el recinto, llegó el fin, para siempre, de los eternos dioses. Si aún sabéis algo más, seguid hilando la cuerda; desde el norte os la entrego; hila y canta, hermana.

(*Echa la cuerda á la segunda y ésta á la primera.*)

LA PRIMERA PARCA (*atando la cuerda á otra rama*).—

¿ Amanece ya ó brillan las llamas? ¿ Se engañan mis turbios ojos? No acierto á distinguir lo pasado. Loge se convirtió en relucientes llamas; ¿sabes tú qué fué de él?

LA SEGUNDA PARCA (*enroscando la cuerda al rededor de la piedra*).—Con la mágica fuerza de su lanza le dominó Wotan; daba consejos al dios: buscaba ansioso el medio de deshacerse del contrato. Wotan le obligó á rodear de fuego la roca de Brunilda; ¿qué será de él?

LA TERCERA PARCA (*volviendo á echar tras de sí la cuerda*).—Los punzantes pedazos de la destrozada lanza hundióselos Wotan en el pecho; de la herida brotó fuego devorador; el dios le arrojó el fresno del mundo en astillas convertido. Si queréis saber lo que sucederá, dad vueltas, hermanas, á la cuerda.

(*Echa la cuerda á la segunda y ésta á la primera.*)

LA PRIMERA PARCA.—La noche se aleja: ya nada distingue; ya no acierto á desenredar las hebras. Una visión horrible ofusca mis sentidos: ¿qué fué del oro del Rhin que robó Alberto? ¿sabes qué fué de él?

LA SEGUNDA PARCA (*muy deprisa y con suma dificultad, enroscando la cuerda al rededor de la piedra*).—Los cantos de la piedra cortan la cuerda; los hilos no quieren alargarse; enredado está el tejido. Envidioso lo roe el anillo del nibelungo: la maldición de la venganza destroza las hebras de mi labor: ¿sabes tú qué resultará?

LA TERCERA PARCA (*cogiendo precipitadamente la cuerda*).—La cuerda está demasiado floja; no me bastará: si tengo con ella que señalar al norte, habré de tirar mucho de ella.

(*Tira con fuerza de la cuerda y ésta se rompe por el medio.*)

LA SEGUNDA.—Se rompió la cuerda!

LA TERCERA.—Se rompió!

LA PRIMERA.—Se rompió!

*(Las tres Parcas asustadas se levantan y se agrupan en el centro del escenario, y recogiendo los pedazos de la cuerda se ciñen con ella las tres juntas.)*

LAS TRES PARCAS.—Acabóse el eterno saber! Ya no podemos anunciar nada al mundo! Bajemos, bajemos con nuestra madre.

*(Desaparecen.—El crepúsculo, que poco á poco ha ido desapareciendo, se convierte en claro día, amortiguando el resplandor de fuego del fondo.)*

*(Sifredo y Brunilda salen de la cueva. Sifredo, completamente armado; Brunilda lleva de la brida su caballo.)*

BRUNILDA.—¡Cuánto me gustaría que llevases á cabo nuevas empresas heroicas, si no tuviese que dejarte! Sólo siento una cosa, y es el poco provecho que te alcanza mi cariño! Te conferí el dón que me otorgaron los dioses: ciencia y rico tesoro; el héroe ante quien me inclino, me arrebató mi pureza y con ella la ciencia; sólo me queda el amor, aunque despojado del valor antiguo; no desprecies, sin embargo, á la infeliz que sólo puede amarte y con cuya posesión nada alcanzas.

SIFREDO.—Más me concediste, mujer adorada, de lo que yo sé apreciar. No te enoje si á pesar de tus enseñanzas quedéme sin aprender. Tan sólo una cosa sé: que Brunilda vive para mí; y otra he aprendido: pensar siempre en Brunilda.

BRUNILDA.—Si quieres mostrarme tu cariño piensa tan sólo en ti, piensa en tus propios hechos! Acuérdate del fuego ardiente que rodeaba la roca y que sin miedo atravesaste...

SIFREDO.—Para logarte fué.

BRUNILDA.—Piensa en la mujer cubierta con el escudo, que encontraste sumida en profundo sueño, y á la que sin dificultad lograste desarmar.

SIFREDO.—Para despertarte.

BRUNILDA.—Acuérdate del juramento que nos une; acuérdate de nuestro amor y siempre arderá Brunilda en tu corazón.

SIFREDO.—Ya que me veo obligado á dejarte, querida mía, bajo el amparo de ese fuego, guarda este anillo en cambio de tus consejos. En él han consistido todas mis proezas. Se lo arranqué á un dragón salvaje, que por mucho tiempo lo guardó. Ahora conserva tú su poder como simbolo de mi fidelidad.

BRUNILDA *(llena de gozo se pone el anillo)*.—Avara voy á ser de tu anillo como de mi único bien; toma en cambio mi corcel; antes volaba por los aires con brío sin igual, mas perdió conmigo ese mágico poder; ya no se remontará hasta las tempestuosas nubes. Por donde le lleves, aunque sea al través del fuego, impávido te conducirá Grane, y siempre obedecerá á tu voz; cuidale bien.

SIFREDO.—Sólo por tus virtudes alcanzaré heroicas acciones; tú designarás mis combates, y tuyas serán mis victorias. Montado en tu corcel y cubierto por tu escudo, ya no veré á Sifredo en mí: tan sólo seré el brazo de Brunilda!

BRUNILDA.—¡Oh, si fuese Brunilda tu alma!

SIFREDO.—Ella es causa de mi valor.

BRUNILDA.—Así, eres tú á un tiempo Sifredo y Brunilda.

SIFREDO.—Donde estoy estamos ambos.

BRUNILDA.—¡Cuán sola se quedará, pues, mi morada en esta roca!

SIFREDO.—Unidos nos cobijará.

BRUNILDA *(exaltada de amor)*.—¡Oh dioses sagrados!

¡ Oh raza sublime ! Dirigidnos vuestra mirada ! Alejados, estaremos unidos ! nunca podremos separarnos.

SIFREDO.—Salud á ti, Brunilda ! Estrella luminosa ! Reluciente amor !

BRUNILDA.—Salud á ti, Sifredo ! Luz vencedora ! Amor de mi vida !

*(Sifredo se aleja, llevando el caballo de la brida. Brunilda le contempla largo rato desde la cumbre de la peña. En el fondo se oye el alegre sonar de la bocina de Sifredo. Cae el telón.—La orquesta imita el sonido de la bocina, reforzándolo progresivamente. Luégo empieza el primer acto.)*



## ACTO I

La sala de los Guibijungos á orillas del Rhin. Ancha puerta en el fondo ; á través de ella se divisa un vasto paisaje rodeado de altas rocas hasta las orillas del Rhin.

GUNTHER, HAGEN y GUTRUNA

*(Gunther y Gutruna en un sitio algo elevado están sentados á la mesa, provista de vasos y copas. Hagen, delante de ellos.)*

GUNTHER.—¿No te parece, Hagen, que es hermosa mi posesión á orillas del Rhin, para gloria de los guibijungos ?

HAGEN.—Envidiable es tu felicidad. Grimilda, que á entrambos nos parió, me lo dió á comprender perfectamente.

GUNTHER.—¡ Yo he de envidiarte, y no tú á mí ! Si heredé las riquezas de primogénito, á ti en cambio te dieron la ciencia : por esto nunca fueron nuestros bienes causa de discordia entre hermanos naturales ; sólo alabo de tus consejos la sabiduría, cuando la comparo con mi fama.